

fue un nuevo testigo enviado por el cielo á aquella escena: al aspecto del castigo de aquella culpable mujer, experimentó una profunda compasion y le prodigó tiernos cuidados y socorros. Al reconocer á la generosa india, Akansia hizo extraordinarios esfuerzos para hablar; pero su hinchada lengua no pudo producir sino sonidos inarticulados. Cuando vió que no podía hacerse oír, la desesperacion se apoderó de su alma, y se revolcó por el suelo, que mordía en las violentas convulsiones de la muerte.

«¡Gran Espíritu! exclamó Celuta; acepta el arrepentimiento de esta mujer, y perdónala como la perdono yo, si alguna vez me ha hecho daño!»

Al oír esta oracion, cierta cosa parecida á las lágrimas se desprendió de los ojos de Akansia, y se esparció por su rostro una serenidad que la hubiera hermozeado, si algo hubiera sido bastante á horror el horror de sus facciones. Sus labios dejaron ver cierta sonrisa de admiracion y reconocimiento; espiró sin dolor, pero llevando consigo el fatal secreto. Onduré, libre ya de sus temores, dió interiormente gracias al cielo, que se horrorizó de su gratitud. Celuta, prosiguiendo el camino de su cabaña, decia al sol naciente: «¡Oh sol! acabas de presidir en dos mañanas la muerte de Chactas y la de Akansia; ¡haz la misma igual á la primera!»

Onduré hizo advertir á los parientes de la Mujer-Jefe que llevasen su cadáver; y para no alarmar la imaginacion de los conjurados con el espectáculo de una segunda pompa fúnebre, los sachems decidieron que esta (que jamás debía celebrarse), tuviese lugar despues de la matanza.

Mas poderoso que nunca por la muerte de la Mujer-Jefe, el tutor del Sol, que no se acordaba ya de que habia sido amado por ella, ni de que la habia asesinado, se trasladó al valle de los Bosques. Los juegos habian empezado de nuevo, y Outougamiz, obedeciendo á los ancianos, habia ido á tomar parte en ellos. Algunos momentos de reflexion habian bastado para tranquilizarle respecto del piadoso hurto de su hermana, pues ya le parecia menos necesario dar inmediatamente noticia de él al Consejo, toda vez que René no habia llegado y que Celuta no podia confiar á este el secreto mientras estuviese ausente. Y aun supuesto su regreso, Outougamiz tenia tal confianza en la virtud de su hermana, que estaba seguro de que callaria, aun despues de haber revelado el secreto mas fatal. Por último, si Outougamiz se apresuraba á descubrirlo todo á los sachems, estos harian tal vez morir á Celuta sin provecho de nadie, porque no por ello dejaria de tener lugar la matanza. ¿Y quién podia decir si era ventajoso ó perjudicial al destino del guerrero blanco que la matanza se retardase ó acelerase?

Tales eran las reflexiones de Outougamiz. Este y su hermana contaban con ansia cada hora que transcurria, miraban si el sol bajaba al horizonte, si la efimera que sale de las aguas al declinar el dia empezaba á volar en las praderas, y se decian: «¡Ha pasado un momento mas, y René no ha vuelto! Nuestras ilusiones no tienen término; aunque la amargura del cáliz nos ha desencantado mil veces, lo acercamos otras tantas á nuestros ávidos labios.»

Habiéndose negado los enemigos á recibir el calumet de paz, René habia despedido á los guerreros portadores de los presentes destinados á los indios y regresaba solo á los Natchez. Abrumado por el pasado y no esperando cosa alguna del porvenir, insensible á todo, menos á la razon de Chactas, á la amistad de Outougamiz y á la virtud de Celuta, no sospechaba que se pretendia arrebatarle la vida; sus enemigos á su vez estaban muy lejos de imaginar con cuanto desprecio la miraba. Los Natchez le acusaban de crímenes imaginarios, y le habian condenado por ellos; y él no pensaba mas en los Natchez que en el

resto del mundo, pues sus ideas y sus deseos habitan una region desconocida.

Cierta día, en el largo camino que tenia que recorrer, llegó á una vasta pradera despoblada de árboles, donde solo se veia un añoso espinoso cubierto de tardías flores que crecian á orillas de un camino indio. El sol se acercaba á su ocaso cuando René llegó al espinoso.

Resolviendo pasar allí la noche, vió un césped sobre el cual habia algunas mazorcas de maiz: entonces reconoció la tumba de un niño y los presentes maternos. Dando gracias á la Providencia porque le habia llamado al banquete de los muertos, sentóse entre dos gruesas raíces del espinoso que se retorcian sobre el suelo. Las auras de la noche susurraban de tiempo en tiempo en el follaje del árbol, cuyas flores desprendian; flores que bajaban sobre la cabeza de René cual plateada lluvia. Despues de haber tomado su alimento, el viajero se durmió al monotonó canto del grillo.

La madre, que habia acostado á su hijo debajo de la yerba, á orillas del camino, fue á media noche á llevarle nuevos presentes y á humedecer con su leche el césped sepulcral. La india creyó distinguir una especie de sombra ó de fantasma tendido en tierra, y la asaltó el temor; pero mas poderoso que este, el amor maternal no le permitió retroceder. Adelantóse con silencioso paso hácia el objeto desconocido, y vió á un joven blanco que dormia con el rostro vuelto á las estrellas y apoyado el brazo sobre su frente.

La madre se deslizó de rodillas hasta el extranjero, á quien tomó por una divinidad propicia. Algunos insectos volaban en derredor de la cabeza de René, y ella los ahuyentaba cariñosamente, pues temia despertar al espíritu, y temia tambien alejar el alma del niño, que podia vagar en torno de aquel buen genio. Como el rocío bajaba con abundancia, la madre estendió su velo sobre sus dos brazos, y le mantuvo así, resguardando la cabeza de René. «¡Tú prestas calor á mi hijo, se decia interiormente; justo es que yo te proporcione un abrigo.»

Algunos sonidos confusos y poco despues algunas palabras perceptibles se escaparon de los labios de René, que soñaba en su hermana: sus palabras eran alternativamente francesas y natchez. La india quiso aprovecharse de aquel oráculo, y respondia á René á medida que murmuraba alguna palabra. Entablóse entre los dos el siguiente diálogo:

—¿Por qué me has abandonado? preguntó René en natchez.

—¿Quién? replicó la india.

—René calló.

—¿Yo la amo!... dijo un momento despues.

—¿A quién? volvió á preguntar la india.

—¿A la muerte! replicó René en francés.

Despues de un largo silencio prosiguió: «¿Es este el cuerpo que yo llevaba?» Y añadió esforzando la voz: «Todos están aquí: ¡Amelia, Celuta, Mila, Outougamiz, Chactas, d' Artaguette!»

René exhaló un suspiro, volvióse del lado del corazón y no volvió á hablar.

El ruido que la india hizo involuntariamente al retirarse despertó á René, cuya sorpresa fue grande al ver una mujer á su lado; pero no tardó en comprender que era la madre del niño sobre cuya tumba reposaba. Impúsole las manos, dió los tres gritos de dolor y le dijo: «Perdóname el haber comido parte del alimento de tu hijo; pero era un caminante y tenía hambre: tu hijo me ha dado hospitalidad.»

«Yo, repuso la india, creí que eras un genio, y te he preguntado durante tu sueño.»

«¿Qué te he respondido?» le dijo René. «¡Nada!» contestó la india.

René se habia extraviado, y preguntó qué camino debía seguir. «Vuelves la espalda á los Natchez, res-

pondióle la salvaje, y si continúas caminando hácia el Norte, nunca llegarás á ese país.» Destino del hombre! Si René no hubiese hallado aquella mujer, hubiérase alejado cada vez mas del teatro de la catástrofe. La india le indicó su camino y le dejó despues de haberle recomendado el hijo que habia perdido.

¡Amaneció al fin el día que debía ser seguido de una noche tan funesta! Celuta y su hermano lo pasaron recorriendo los bosques, temiendo siempre encontrar á René, esperando siempre detenerle si le hallaban, y siempre llorando á Mila, tan ágil en la carrera, tan feliz en sus pesquisas.

El juego de la taba, empezado despues de la partida de raqueta ganada por los natchez, habia continuado en el valle de los Bosques. Una hora antes de la puesta del sol, el sachem de orden se presentó á los diferentes grupos de jugadores y les dijo en voz baja:

«Abandonad el juego, volved á vuestras tiendas y esperad en ellas al sachem de vuestra nacion.»

Los jóvenes se miraron con asombro, y olvidando el juego se retiraron. La noche llegó. El cielo se cubrió de un velo espeso, todas las brisas espiraron, y y mudas y profundas tinieblas encapotaron el desierto.

Despues de mil escursiones infructuosas, Celuta habia vuelto á su cabaña; algunas horas mas, y René pereceria ó se salvaria! La amante que tantas veces habia deseado el regreso de su amado; la esposa que solia levantarse con regocijo, creyendo reconocer los pasos de su esposo, estremeciase á la sazón al mas leve rumor, y tan solo imploraba el silencio. Poco antes, Celuta hubiera dado toda su sangre para evitar el mas pequeño dolor á René; y en aquellos críticos momentos hubiese bendecido cualquier accidente desgraciado que sin ser mortal, le hubiera alejado de los Natchez.

En el fuerte de Rosalia no reinaba la confianza: solo Chepar se obstinaba en cerrar sus ojos á la luz de una triste evidencia. Nuevos correos del gobernador general, del capitán d' Artaguette y del padre Souel anunciaban la existencia de un vasto complot. El consejo de guerra se habia reunido, y el negro Imley, preso en los bosques, habia sido llevado ante él.

Los pormenores enviados por el misionero eran exactos y minuciosos, y señalaban á Onduré como cabeza de la conjuracion. Imley interrogado, negó todo esceptuando lo que no podia negar, esto es, su propia fuga. Dijo que habia abandonado á su amo como el pájaro recobra su libertad cuando halla abierta la puerta de su jaula. Estrechado por preguntas capciosas, y no dudando que seria condenado á muerte, el negro, en lugar de responder, se puso á mofarse de sus jueces: repetia sus ademanes, remedaba su aire y contrahacia su voz con un talento de imitacion extraordinario. Febriano especialmente escitaba su estro cómico, é hizo del general tan acabada copia que el consejo prorumpió en una carcajada general. Chepar, lleno de ira, mandó que se le diese tormento, lo que fue ejecutado en el acto. El africano arrojó los tormentos con una constancia heroica, continuando sus burlas en medio de los dolores, y no pronunciando una sola palabra que pudiese comprometer á los salvajes. Retiráronle de la tortura para conducirlo al patibulo. Entonces se puso á cantar á Izefar, á reír, á dar vueltas sobre sí mismo, á palmoear y hacer extrañas contorsiones, á pesar de la dislocacion de sus miembros, y súbitamente cayó muerto: habíase ahogado con su lengua, género de suicidio conocido de muchos pueblos africanos. Mezcla singular de fuerza y de ligereza, el carácter de Imley no se desmintió ni un solo instante; aquel negro no habia adorado otros idólos que

el amor y la libertad, y miró al uno y á la otra con la misma indiferencia que á la muerte y la vida.

El obcecado general miró la aventura de Imley como la de un esclavo fugitivo, sin relacion alguna con los planes que se atribuian á los salvajes. Así, pues, trató á los misioneros de cobardes, y acusó á los colonos de que esparcian inconsideradamente puercas alarmas cuando perdian un negro. Sugerido por Febriano, que estaba vendido á los intereses de Onduré, pero que ignoraba el complot, Chepar se cegó hasta el punto de mandar poner grillos á todos los habitantes que pedian armarse y hablaban de atrincherarse en sus respectivas tierras. Obstinábase en no dar asenso á una conjuracion que se consumaba en aquellos mismos momentos bajo sus pasos, en el seno de la tierra.

Los jóvenes guerreros, despues de haber abandonado los juegos, se habian armado. El sachem de orden volvió á presentarse, y llamando sigilosamente á la puerta de cada cabaña, dijo:

«Los jóvenes guerreros dirijanse por caminos diferentes al lago subterráneo, donde encontrarán á los sachems; y las mujeres, despues de la partida de los guerreros, enciérense en sus cabañas, donde velarán en silencio y sin luz.»

Al punto los guerreros se dirigieron á través de las tinieblas al lugar señalado. Las mujeres y los niños quedaron encerradas en las cabañas; apagáronse las luces, y todos los salvajes abandonaron el desierto, escepto algunos centinelas ocultos en todas direcciones detrás de los árboles. Outougamiz bajó con el resto de su tribu al lago subterráneo.

Al oriente de la gran ciudad de los Natchez y en el mismo bosquecillo de cipreses donde se elevaba el templo de Athaënsia, se abre perpendicularmente como la boca de una mina, una profunda caverna en que no es posible penetrar sin una escalera y una antorcha. A la profundidad de cien pies estiéndese un arenal que rodea un lago, en el cual algunos salvajes, provistos de antorchas tuvieron cierto día la osadía de embarcarse; en derredor de aquel abismo no descubrieron sino peñascos estériles que erizaban unas playas tenebrosas, ó que se alzaban á manera de imponentes bóvedas sobre el abismo. Unos rumores lastimeros, unos clamores espantosos y unos horribles quejidos ensordecian á los audaces navegantes á medida que penetraban en aquellas soledades de agua y de noche. Arrastrados por una corriente rápida y turbulenta, solo despues de grandes esfuerzos aquellos osados mortales lograron saltar á la orilla, intimidando con sus relaciones á todo el que se propusiese imitar su ejemplo.

Tal era el lugar que los conjurados habian fijado para su reunion. De aquella caverna debía salir la libertad del Nuevo-Mundo, y devolver la luz del día á los pueblos sepultados por los europeos en las entrañas de la tierra. Ya estaban reunidos los jóvenes guerreros, esperando la revelacion del secreto que los sachems les habian prometido.

Descollaba á orillas del pavoroso lago un enorme fragmento de roca, convertido por los sacerdotes en altar. Veíanse á la insegura claridad de una antorcha tres repugnantes idólos de tamaño desigual. El del centro, manitú de la libertad, escudia en la altura de la cabeza á los otros dos; y en sus facciones, groseramente esculpidas, se reconocia el símbolo de una independencia ruda, enemiga del yugo de las leyes y hasta del de la naturaleza. Los otros dos muñecos representaban, uno las carnes rojas y otro las blancas. Un fuego que tenia por pábulo huesos humanos, ardía delante de los tres deformes idólos, y despedia una luz opaca y un olor penetrante. Veíase asimismo un vaso de ciprés, lleno de sangre humana, de venenos esprimidos de diversas serpientes y de yerbas ponzoñosas, recogidas pronunciando palabras

cabalísticas. Un viento nocturno agitó el lago, cuyas encrespadas aguas saltaron hasta la bóveda del abismo: la tempestad en las entrañas de la tierra, los ídolos en actitud amenazadora, el rústico vaso de sangre, el fuego funerario, los sacerdotes que agitaban víboras con evocaciones espantosas, la multitud de los salvajes, con sus caprichosos y diferentes vestidos, y toda aquella escena rodeada por las negras masas de los peñascos subterráneos, daban una idea del Tártaro.

De repente, uno de los sacerdotes exclamó, estendiendo los brazos hacia el lago: «¡Divinidad de la venganza! ¿eres tú la que sales del abismo en alas de esta tempestad? ¡Sí, sí! ¡ya vienes á recibir nuestros votos!»

El sacerdote arrojó una de las víboras á las aguas del lago, mientras otro derramó el vaso de sangre sobre el fuego: una triple noche se extendió por las cavernosas bóvedas.

Después de algunos minutos de temerosa lóbreguez, una viva claridad iluminó repentinamente las olas procelosas y las fantásticas rocas. Los ídolos habían desaparecido, y solo se vió sobre la ruda mole de piedra, altar de la venganza, al anciano Adario, cubierto con la túnica de guerra, apoyando una mano en su maza y empuñando en la otra una antorcha.

«¡Guerreros! gritó; la libertad se levanta, y el sol vivificante de la independencia, oculto por espacio de ciento cincuenta nieves bajo el horizonte, va á alumbrar de nuevo nuestros bosques. ¡Día sagrado! ¡yo te saludo! ¡Mi corazón se rejuvenece al calor de vuestros benignos rayos como la encina decrepita á la primera sonrisa de la primavera! Por tí el viejo Adario se ha despojado de sus harapos y ha lavado sus nevados cabellos con un mancebo. Adario renace al dulce soplo de la libertad.

«Dad tres puñales.»

El sachem arrojó tres puñales desde la cima de la roca.

«¡Jóvenes guerreros, prosiguió, no os habeis reunido aquí para deliberar; vuestros sachems han fallado por vosotros en la roca del lago, en el consejo general de los pueblos, y han jurado purgar nuestros desiertos de los forajidos que los infestan. Habeis venido únicamente para devorar á los osos extranjeros. El momento del festín ha llegado, y no abandonareis estas bóvedas sino para marchar á la muerte ó á la libertad! Esta es la última vez que nos habeis visto obligados á ocultaros en las profundidades de la tierra, para hablar el lenguaje de los hombres.»

«Dad el hacha.»

Adario arrojó á sus piés un hacha teñida en sangre.

«Todo está arreglado por vuestros padres. Sumidos en el sueño, nuestros opresores no recuerdan la muerte. Vamos á salir de esta caverna divididos en tres compañías: yo acaudillaré los natchez y los llevaré á través de las sombras al asalto del fuerte. Vosotros, chicassaws, dirigidos por vuestros sachems, formareis el segundo cuerpo y atacareis la ciudad de los blancos en el fuerte de Rosalia. Vosotros, miamis y yazous, compondreis el tercer cuerpo, y capitaneados en vuestras venganzas por Onduré y Outougamiz, destruiréis los blancos cuantas habitaciones están dispersas por los campos. Los esclavos negros, que á imitación nuestra desean romper sus cadenas, secundarán nuestros esfuerzos.

«Tales son, ¡oh jóvenes guerreros! los altos deberes que estáis llamados á cumplir. No se trata de la causa particular de los Natchez; ¡el golpe que vais á dar será repetido en un espacio inmenso! En el momento en que os hablo, mil naciones,

ocultas como nosotros en las cavernas, van á salir de ellas al par que nosotros, para exterminar la raza extranjera; el resto de las carnes rojas no tardará en imitarnos.

«En cuanto á mí, solo me resta ya un día de vida: en la noche próxima me habré reunido á Chactas, á mi mujer y á mis hijos. Solo me ha sido permitido sobrevivirles para vengarles. Os recomiendo á mi hija.»

Dijo, y arrojó su maza en medio de los jóvenes guerreros.

Una aclamación general estremeció las fúnebres bóvedas: «¡Salvemos la patria!»

Vióse entonces á un joven guerrero subir á la piedra después de Adario: era Outougamiz, que dijo:

«Habeis pretendido que dé muerte al guerrero blanco, mi amigo; no lo haré así, puesto que todavía no ha llegado; pero mataré á cualquiera que intente contra su vida. Quereis que degüelle á los ciervos extranjeros en la oscuridad de la noche, pero á nadie asesinaré, y cuando amanezca, combatiré sise combate. He prometido el secreto y lo he guardado: dentro de algunas horas el límite de mi juramento habrá desaparecido, seré libre y usaré de mi libertad como mejor me plazca. ¡Guerreros! ¡yo no sé hablar, porque no tengo talento; pero si soy como un tímido guerrero durante la paz, soy como un buitre durante la guerra. ¡Onduré! por tí digo estas palabras: ¡acuérdate de lo que te dice Outougamiz el Simple!»

Outougamiz saltó de la roca semejante al buzo que se precipita en las olas; durante algun tiempo se le buscó, pero no fue hallado.

Onduré no había tomado en cuenta en el discurso del hermano de Celuta sino el pasaje en que este se había aplaudido por la ausencia de René. El tutor del Sol experimentaba por tal ausencia las mas vivas zozobras, pues se veía próximo á realizar el plan que había concebido sin alcanzar el principal objeto de este plan. Celuta, al sustraer las cañas, podía lisonjearse de haber logrado su deseo, esto es, haber salvado á su esposa. No había, pues, para Onduré medio alguno de aplazar la catástrofe; y, como en todos los sucesos humanos, era preciso aceptar la situación tal cual la presentaba el cielo.

Los guerreros salieron del lago subterráneo, y emboscados en el bosquecillo de cipreses, se dividieron en tres cuerpos. Sentados en tierra en el mas profundo silencio, esperaron la orden de ponerse en marcha. Acercábase la media noche, y la última caña iba á ser quemada en el templo.

«¡Cuán diferentemente ocupada estaba Celuta en su cabaña! Estremeciéndose al mas leve murmullo de las hojas, eternamente fijos los ojos en la puerta, y contando por los latidos de su corazón todos los minutos de aquella hora suprema, no hubiera podido sufrir mucho tiempo tan acerbos ansias sin respirar. A fuerza de haber escuchado el silencio, este habíase llenado para ella de siniestros rumores; ora creía oír voces lejanas, ora imaginaba escuchar pasos acelerados. ¿Empero, no eran en efecto pasos lo que hacia resonar el desierto sendero? Acercábanse precipitadamente, y Celuta no podía equivocarse ya: intentó levantarse, pero las fuerzas le abandonaron, y quedó como clavada á su estera, inundada en sudor la frente. Un hombre se dejó ver en el dintel de la puerta: ¡no era René! era, sí, el bonrado granadero de Nueva-Orleans, el hijo de la anciana huésped de Celuta, el soldado del capitán d' Artaguette.

Era portador de una carta escrita desde un destacamento de los yazous, por su capitán. ¡Qué felicidad, qué consuelo es ver entrar á un amigo cuando tememos ó esperamos una gran catástrofe, en lugar

de la víctima ó del enemigo que creíamos hallar! Celuta recobró sus fuerzas, y levantándose corrió con los brazos abiertos al granadero; pero acordóse en breve del peligro general: René no era el único francés amenazado, pues el puñal estaba levantado sobre todos los blancos; un momento mas, y Santiago podía ser degollado de un instante á otro. «Hijo de mi vieja madre de la carne blanca, exclamó, el hombre á quien buscas no se halla aquí: retrocede, porque no estás seguro en esta cabaña; ¡aléjate, en nombre del Gran Espíritu!»

El granadero no entendía lo que le decía Celuta, y le alargaba la carta, que no era para René sino para ella. Celuta no podía leerla, y ella y Santiago hacían repetidos ademanes tratando de hacerse entender mutuamente, sin poder lograrlo. En aquel momento, un reloj de arena de René, con el cual la india había aprendido á dividir el tiempo, dejó caer el último grano de arena que señalaba la hora transcurrida. Celuta vió abismarse en la eternidad el minuto fatal; lanzó un agudo grito, tomó presurosa la carta y empujó fuera de su cabaña al soldado, que cumplido su encargo y no acertando á esplicarse la estraña conducta de Celuta, atravesó los bosques para llegar al fuerte de Rosalia antes del amanecer.

«¿Qué contenía la carta del capitán? El tiempo no aclaró este secreto. A fuerza de mirar la misteriosa carta, y de acordarse de las palabras y gestos del soldado, que no tenía el aspecto triste, Celuta dejó penetrar en su corazón un rayo de esperanza; ¡pálido crepúsculo que había de apagarse en breve en aquella noche caliginosa!

Cada minuto en los Natchez pertenecía ya á la muerte; si prolongaba algunas horas mas su ausencia, René quedaba á cubierto de la catástrofe, en que tal vez se veían á la sazón envueltos sus compatriotas. ¡Ah! ¡Si Celuta hubiese podido acelerar, á espensas de su propia vida, la fuga del tiempo! Un nuevo rumor se hizo oír: ¿eran los asesinos que buscaban á René en su cabaña, ó era el mismo René? Celuta se lanzó á la puerta: ¡oh prodigio! ¡era Mila! Mila desgreñada, pálida, demacrada y cubierta de harapos cual si saliese del sepulcro, ¡pero encantadora todavía! Celuta retrocedió aterrada y exclamó: «¡Sombra de mi hermana! ¿vienes á buscarme? ¡ha sonado el instante fatal!»

«No soy un fantasma, respondió Mila que se había arrojado al seno de su amiga; ¡soy tú querida Mila!»

Y las dos hermanas entrelazando sus brazos, mezclaban sus lágrimas y confundían sus almas. Mila dijo con rapidez:

«Después que he descubierto el secreto, Onduré me hizo encerrar en una caverna donde he sufrido toda clase de males; pero me he burlado de los alouez; esta noche, no sé por qué mis carceleros se han alejado de mí un momento; estaban armados y han ido á hablar á otros guerreros ocultos entre los árboles. Yo, que buscaba sin cesar los medios de evadirme, he seguido á esos malvados, deslizándome en pos de ellos; y una vez libre, hubiérame sido mas fácil asir al pájaro en las nubes que á Mila en los bosques. ¿En dónde está Outougamiz? ¿Ha llegado el guerrero blanco? ¿Le has comunicado el secreto, como yo voy á comunicárselo? Hay aun ocho noches antes de la catástrofe, ¡si aquel sacerdote enamorado me ha dicho la verdad respecto del número de las cañas.»

«¡Oh Mila! gritó Celuta; ¡soy la mas culpable y la mas desdichada de las mujeres! Yo he anticipado la muerte de René, pues he robado ocho cañas, intentando robarles todas; ¡en el momento en que te hablo se está dando el golpe decisivo!

«¿Eso has hecho? preguntó atónita Mila; no te hubiera creído tan resuelta. ¿Ha llegado René?

«¡No! respondió Celuta. «¡Pues bien! dijo Mila; ¿qué te acriminas? Has salvado á mi libertador, pero solo te quedan algunas horas de esperanza; mas, ¿qué haces, qué hace Outougamiz en estas críticas horas? Empiezas siempre bien, Celuta, y concluyes siempre mal. ¿Crees salvar á René, contentándote con llorar en tu estera? Yo no sé permanecer inactiva, no sé sacrificar mis sentimientos, no sé dudar de la virtud de mis amigos, sospechar de ellos, transigir con una patria inhumana y guardar pusilánime el negro secreto de unos viles asesinos. ¡Protervos! ¡ya que me habeis dejado escapar de mi sepulcro, vengo á descubrir vuestras iniquidades! ¡Vengo á salvar á mi libertador, si no ha caído aun en vuestras homicidas manos!» Mila se sustrajo á los brazos de su hermana, y se alejó diciendo: «No perdamos unos momentos irreparables!»

Desde el día en que René hallara á la india que le había indicado su camino, habíase adelantado lentamente hacia el país de los Natchez. A medida que caminaba se hallaba menos triste, pues le parecía que sus negros pesares se disipaban; se acercaba al momento de volver á ver su esposa y su hija, objetos encantadores que no tenían contra sí sino el infortunio que abrumaba á René. Este se acusaba de haber escrito su carta, y la especie de indiferencia que una amargura devoradora había dejado en el fondo de su corazón, y desmintiendo su carácter, se entregaba poco á poco á los sentimientos mas tiernos y afectuosos: ¡ardió regreso á la calma, parecido al fugaz alivio que el moribundo experimenta antes de espirar! ¡Celuta era tan hermosa! ¡había amado tanto á René y sufrido tanto por él! Outougamiz, Chactas, d' Artaguette y Mila le esperaban. René iba á hallar esta reducida sociedad, superior á cuanto en la tierra existía; iba á criar sobre sus rodillas á aquella segunda Amelia, que tendría los encantos de la primera sin tener su desgracia.

Estas gratas ideas, tan opuestas á las que alimentaba habitualmente, llevaron á René hasta dar vista á los bosques de los Natchez, y esperiméntó al verlos cierta sensación estraordinaria. Viendo salir de ellos un humo espeso, que tomó por el de sus hogares, precipitó su marcha pues todavía estaba lejos. El sol se puso, velado entre las nubes de una tempestad, y la mas lóbrega noche (la misma de la matanza), encapotó la tierra.

René dió un largo rodeo para llegar á su casa por el valle. El río que por este valle corría, había engrosado su corriente, por lo que le costó algun trabajo vadearlo; así se perdieron dos horas en una noche en que cada minuto era un siglo. Al empezar á trepar la colina en cuyo declive estaba construida su cabaña, se acercó á él un hombre para reconocerle en tus tinieblas, y desapareció.

René se hallaba ya á la distancia de un tiro de ballesta de su cabaña: la débil claridad que salía por la mal cerrada puerta, destacaba sus cortornos sobre la oscuridad de los céspedes. Ningun rumor se percibía en aquella solitaria mansion. René, que dudaba si debía entrar ó no, se detenía á cada paso, y no sabía por qué se sentía inclinado á retroceder é internarse en los bosques para esperar la nueva aurora. Empero René no era ya dueño de sus acciones, que una fuerza irresistible le sometía á los decretos de la Providencia: impelido, pues, hasta el dintel que temía salvar, dirigió una mirada á la cabaña.

Celuta, con la cabeza inclinada en su seno, y los cabellos esparcidos en desorden, estaba de rodillas con las manos cruzadas y levantados los brazos en la actitud de la oración mas humilde y fervorosa. Una moribunda antorcha, cuya claridad oscurecía su pábilo prolongado por la duración de la vigilia, ardía en una esquina del hogar. El perro favorito de René, tendido en la piedra de este, al ver á su amo hizo

una señal de alegría; pero no se levantó, como si temiese apresurar el momento fatal. Suspendida en su cuna de una de las vigas esculpidas del techo, la hija de René exhalaba de tiempo en tiempo un leve quejido, que Celuta no oía, embargada en su dolor.

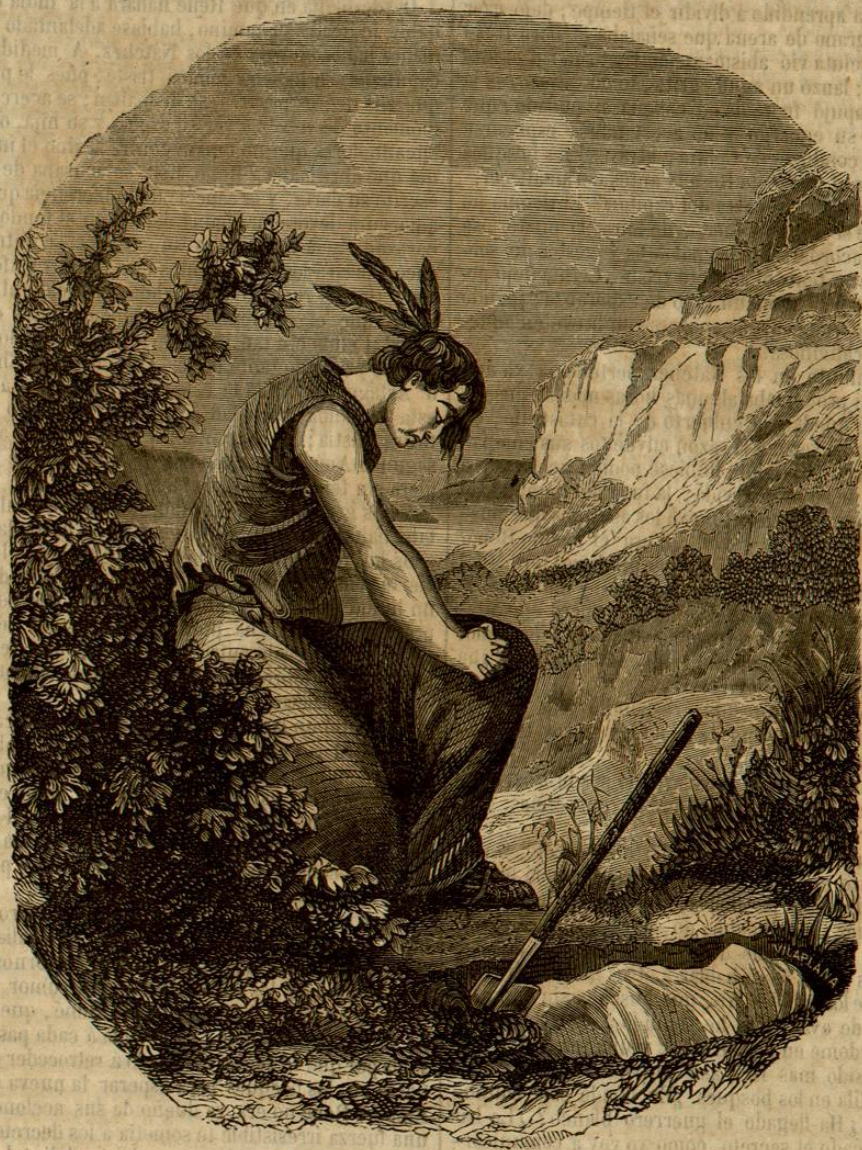
René, inmóvil en el dintel, contemplaba silencioso aquel triste y tierno espectáculo, adivinando que aquellos votos que al cielo se dirigían eran inspirados por él; su corazón se abrió á la mas viva gratitud; sus ojos, cuyas lágrimas habia secado hacia mucho tiempo una abrasadora amargura, derramaron un delicioso llanto, y exclamó al fin: «¡Celuta! ¡Celuta mia!» y se arrojó á la desgraciada á quien levantó y estrechó con ardor entre sus brazos. Celuta intentó hablar; pero el amor, el terror y la desesperación

sellaron sus labios; hizo violentos esfuerzos para hallar un acento; sus brazos se agitaron, sus labios temblaron, hasta que al fin el agudo grito que salió de su angustiado pecho, le devolvió la voz, y la infeliz exclamó: «¡Salvadle! ¡salvadle! ¡Espiritus propicios, llevadle á vuestra morada!»

Celuta abrazó á su esposo, le cubrió, y parecia intentar hacerle entrar en su seno para ocultarle en él.

René prodigó á su esposa desusadas caricias. «¿Qué tienes, Celuta mia? le decia; ¡tranquilízate! Vengo á protegerte y defenderte.»

Celuta, mirando convulsa la puerta, gritaba: «¡Helos aquí! ¡helos aquí! Y colocándose delante de René para resguardarle con su cuerpo, decia:»



FUNERALES DE RENÉ.

«¡Bárbaros! ¡no llegareis á él sino á través de mi pecho!»

«¡Celuta mia! le respondia René, aquí no hay nada; ¿quién puede alarmarte de esa manera?»

La desolada esposa, hiriendo la tierra con sus pies, exclamaba: «¡Huye! huye, ¡ó eres víctima! Pero,

«¡no! ven y ocúltate bajo las pieles de mi lecho; ¡disfrázate de mujer! «Y arrancándose los vestidos, querria cubrir con ellos á su esposo.

«Celuta! decia este; recobra tu razon; ningun peligro me amenaza.»

«¡Ningun peligro! dijo Celuta interrumpiéndole fuera de sí. ¿No soy yo quien te asesina? ¿no soy yo quien anticipa tu muerte? ¿No soy yo quien ha lijado el dia, robando las cañas?... ¡Un secreto! ¡Oh, patria mia!»

«¡Un secreto!» repuso René—«¡No te lo he dicho!

»esclamó Celuta. ¡Oh! no pierdas este único momento concedido á tu existencia! ¡Huyamos entrambos, y ven á precipitarte conmigo en el rio!»

Arrodillada delante de su esposo, y besando el polvo de sus pies; Celuta le rogaba por su hija que se alejase solo por algunas horas. «Al salir el sol, le dijo



CELUTA Y MILA SE ARROJAN Á UNA CATARATA.

»estarás en salvo; Outougamiz vendrá, y sabrás todo lo que yo no puedo decirte en este momento.»

«¡Sea así! replicó René; si esto puede curar tu mal, me alejaré, y mas tarde me explicarás ese misterio, ¡aborto sin duda de tu razon estraviada por una fiebre ardiente.»

Celuta, enajenada, se lanzó á la cuna de su hija, la presentó al beso paternal, y con la misma cuna impelia á René hácia la puerta. Este iba á salir, cuan-

do un sordo rumor de armas resonó afuera. René volvió la cabeza: entonces el hacha arrojada se hundió en su frente, como la segur en la copa de la encina; como el hierro que mutila una estatua antigua, imagen de un dios y obra maestra del arte. René cayó en su cabaña: ¡no existia ya!

Onduré mandó retirarse á sus cómplices; hallóse pues, solo con Celuta desmayada, tendida sobre la sangre é inmediata al cadáver de René. Onduré, con

una sonrisa sin nombre, recorría con feroz mirada una y otra víctima, á la moribunda luz de la antorcha. De tiempo en tiempo pisaba los restos de su rival y le daba inútiles puñaladas. Desnudó en parte á Celuta y la admiró; hizo mas..... Apagando luego la antorcha, corrió á presidir nuevos asesinatos, despues de haber cerrado la puerta del pavoroso teatro de su doble crimen.

¡Feliz, mil veces feliz Celuta, sino hubiese vuelto á abrir sus ojos á la luz! ¡Dios no lo dispuso así! Tornó á la vida algunos instantes despues de la marcha de Onduré. Primero estendió sus brazos y mojó sus manos en la sangre derramada en su derredor, sin saber lo que era. Incorporóse con penoso esfuerzo, sacudió su cabeza, procuró coordinar sus recuerdos y adivinar en donde estaba y lo que le sucedía. Por una merced de la Providencia, había perdido su razon, y solo se formaba una idea confusa de algun acontecimiento espantoso; cruzó sus brazos maquinalmente, y recorrió con anublados ojos la ensangrentada cabaña, cuya oscuridad era profunda. El silencio de la muerte solo era interrumpido á intervalos por los ahullidos del perro. Celuta intentó, aunque en vano, murmurar algunas palabras.

En aquel momento, creyó ver á su madre Tabamica. Los pechos que alimentaran á Celuta habían desaparecido; los labios de la finada mujer se habían retirado, y dejaban al descubierto los descarnados dientes. Tabamica parecia oprimir con sus manos unas entrañas que no tenia. Celuta quiso acercarse á su madre: levantóse, cayó desfallecida, se arrastró al azar por su cabaña, y sus vestidos, medio desprendidos hacian oír el roce de una tela pesada y húmeda. Tropezó en el cadáver de René, y estenuada por sus esfuerzos, sentóse sin reconocerle, en él: allí sintióse mas aliviada, y descansó.

Poco despues se entreabrió la puerta de la cabaña, y una voz remisa preguntó: «¿Estás aquí?» Celuta, volviendo al oír aquella voz á una semi-existencia, respondió: «¡Sí! ¡aquí estoy.»

—¡Ah! dijo Mila; ¿ha venido?

—¿Quién?

—René.

—No le he visto.

—Y yo no he podido hallarle, añadió Mila, siempre en voz baja ¿Los asesinos no se han presentado? ¿Tu marido no ha regresado? ¿Se ha salvado? Celuta no respondió.

—¿Por qué, prosiguió Mila, estás á oscuras? Tengo miedo, y no me atrevo á entrar. Celuta contestó que no sabia por qué estaba á oscuras.

—¿Cuán alterada tienes la voz! dijo Mila; ¿estás enferma? Esta cabaña huele á sangre; espera, que volveré.

Mila traspasó el umbral y dejó caer la puerta. «¿Qué has echado en las esteras? preguntaba, marchando en las tinieblas; mis piés se adhieren al suelo. ¿En dónde estás? ¡Alárgame la mano!»

«¡Aquí!» dijo Celuta.

«No puedo ir mas allá, replicó Mila; me siento desfallecer.

La puerta de la cabaña se descorrió de nuevo; la voz de Outougamiz llamaba á Celuta. «¡Es Outougamiz! gritó alentada Mila. ¡Loado sea el Gran Espíritu! ¡ya estamos en salvo!»

«¿Quién habla? dijo Outougamiz, poseido de terror; ¿no es Mila? ¡Fantasma querida! ¿has venido á salvar á René?»

«¡Sí! respondió Mila; pero entra pronto, porque Celuta se siente indispueta.

Outougamiz, que imaginaba oír el fantasma de Mila, entró despavorido en la cabaña. «Dame la mano, le dijo Mila; apóyala en mi corazón y verás que no soy un espectro; he sido encerrada en una caverna, y me he escapado.»

Mila tomó la mano que Outougamiz le alargaba en las sombras y la aplicó á su corazón, diciendo:

«Esto es tan hermoso como la vida; pero sé que has muerto, y te agradezco que hayas venido á salvar á René. ¡Pero, habla, Celuta!»

«¿Quién me llama? preguntó esta.»

«¡Respondes desde el fondo de una tumba? dijo Outougamiz, sorprendido al oír la voz sepulcral de su hermana; «Respiro en un campo de batalla; ¡tengo sangre á mis piés!»

«¡Sangre! gritó Mila; enciende una antorcha.»

«¡Fantasma! replicó Outougamiz; ¡dame la luz de los muertos!»

Outougamiz buscó á tientas el hogar, y halló en él musgo de encina y dos pedernales; hizo chocar estos entre sí, y cayendo una chispa sobre el seco musgo, súbita llama alzóse en el hogar. Tres gritos horribles se exhalaban á la vez del pecho de Celuta, Mila y Outougamiz.

La cabaña inundada en sangre; algunos muebles derribados por las últimas convulsiones de René; los animales domésticos encaramados sobre ellos, para evitar el contacto de la tierra, Celuta sentada sobre el pecho de su esposo, y ostentando las señales de dos crimines que hubieran hecho retroceder de espanto al astro del día; Mila en pié, con los ojos casi fuera de sus órbitas; Outougamiz con la frente surcada como por el rayo; ¡hé aquí el cuadro que se le presentaba á la vista!

Mila fue la que primero rompió aquel horrible silencio: precipitóse sobre el glacial cadáver de René; le estrechó entre sus brazos le oprimió con sus labios, y al fin gritó:

«¡Todo concluyó! ¡Oh libertador mio! ¿Por qué de-  
biste hallarte en tal estado? ¡Amigos cobardes, corazones pusilánimes! ¡vosotros le habeis asesinado con vuestras indignas sospechas y vuestras eternas dudas! ¡Felicitate, Outougamiz, de haber guardado fielmente tu secreto! ¡Pero reanima ahora este corazón que palpita por tí á impulso de una amistad tan santa! ¡Oh! ¡eres un guerrero sublime! Reconozco tu virtud, pero no vuelvas á acercarte á mí; ¡prefiero á tus abrazos los del monstruo cuya obra ves en esta cabaña!»

La desesperación privaba del uso de su razon á la joven india, primero amante y luego amiga de René. Outougamiz le escuchaba mudo como la piedra del sepulcro, y exclamó luego bruscamente: «¡Sal de aquí, fantasma execrable, sombra siniestra, sombra famélica que vienes á devorar á mi amigo!»

«¡Tu amigo! replicó Mila, levantando la cabeza; ¡te atreves á llamarte amigo de René! ¿No deberías, mas bien, como esta mujer incapaz de amor, ora desvanecida sobre estos sangrientos despojos, no deberías suplicar á la tierra que te tragase? En vano finges creerte un fantasma; existo realmente, y acabo de salir de la caverna en que me habían encerrado los inicuos cuyos secretos resolví publicar. ¿Cómo has podido creer, temerario! que estabas obligado á guardar un secreto infernal? ¿Has podido figurarte que la libertad sería el fruto del crimen?»

Aquí Celuta dió muestras de volver á la vida: abrió los ojos y se levantó; sus ideas se aclararon, recordó sus grandes infortunios, reconoció á Mila y Outougamiz y los restos mortales del mas desgraciado de los hombres. El dolor le devolvió las perdidas fuerzas: levantóse y exclamó: «¡Yo soy quien le ha asesinado!»

—¡Sí! ¡sí! ¡tu eres su asesina! respondió Mila, á quien la desesperación hacia cruel.

—¡René! dijo Celuta con el acento de la mas enérgica pasión, hablando con el cadáver de su esposo; yo queria decirte antes de morir, que mi alma te adoraba como adora al Gran Espíritu: que tu carta en nada había cambiado el fondo de mi corazón; que me

eras caro como la luz de la mañana, y que te creia tan inocente como al niño que aun no ha hecho otra cosa que sonreír á su madre.

—¿Por qué, pues, dijo Mila, has guardado con ciega obstinación tan negro secreto? ¿Por qué no lo revelabas á los franceses, puesto que no podías revelar lo á tu ausente esposo?

Mila se desahogó en hondos sollozos, y sus lágrimas bajaron á torrentes como la lluvia de la tempestad.

El hermano de Celuta se acercó entonces con respeto al cadáver de su amigo, diciéndole: «Mila asegura que no eras criminal; ¡qué felicidad! ¡Has podido, pues, morir!»

A pesar de su desesperación, Mila comprendió el sentido de estas palabras, y tendió á su marido la desarmada mano.

Outougamiz prosiguió: «¡Con razon había dicho que yo no te amaba, que te daría muerte! Y no obstante, he salido del lago subterráneo para salvarte, he corrido en todas direcciones, pero unos guerreros me decían haberte visto me han estraviado; soy simple, y siempre me engañan. Has muerto solo; solo moriré tambien, pero antes es preciso... Esperaré sin embargo, á que la patria no le necesite, porque ahora es indispensable defenderla.»

En aquel momento Celuta se vió acometida de alarmantes convulsiones. Un arroyo de sudor frio bañó su frente; intentó estrangularse y revolcóse de un lado á otro, exhalando una especie de mugidos. Outougamiz y Mila acudieron á su auxilio. Celuta los miró, y les dijo estrechando con las manos sus cadenas: «¿Lo sabeis? ¿Me ha violentado la muerte?»

Mila arrojó un grito: ¡había adivinado todo! pero Outougamiz que no comprendiera á su hermana, quiso hablar: «¡Nada sabes! le dijo Mila, interrumpiéndole: ¡el cadáver de tu amigo es un espectáculo delicioso, comparado con lo que vislumbro!»

Empezaba á amanecer: el cañon retumbaba en el fuerte de Rosalia, y los parientes de Chactas que acudieran á la cabaña de René, para felicitar á Celuta por la ausencia de su esposo, presenciaron absortos aquella escena horrorosa.

«¡Mujeres! dijo Outougamiz; la lucha está empeñada, y debo mi sangre á mi país por injusto que sea. Dejo en vuestras manos lo que mas amo en el mundo: mi mujer, que no ha muerto como se había dicho, mi hermana tan misera, y los inanimados restos de mi amigo. Pronto volveré.» Dijo, salió y se encaminó al lugar á donde le llamaba el estruendo de las armas.

Las mujeres se llevaron á Celuta y Mila, que colocaron una al lado de otra sobre un lecho de hojarasca, y dejando el cadáver de René en la cabaña, que cerraron, las trasladaron á la antigua morada de Chactas, donde les prodigaron los mas tiernos cuidados: ¡asaz mas humano hubiera sido dejarlas morir!

Todos los colonos perecieron en los Natchez: solo se libraron de la carnicería diez y siete personas. Entre los soldados heridos que se defendieron y se salvaron, se contaba el granadero Santiago. El fuerte había sido asaltado en las tinieblas, y los centinelas degollados antes de que se supiese que los indios estaban armados. Por la imprudencia del general, la guarnición constaba escasamente de cien hombres, pues el resto de ella estaba disperso en diferentes destacamentos á lo largo del rio. Chepar, que no había querido dar asenso á la conjuración, acudió presuroso al estrépito que en las murallas reinaba, y cayó bajo el hacha del implacable Adario. Febriano, hallado por Onduré, recibió la merecida muerte de mano de este salvaje, su corruptor y su cómplice. Los franceses no opusieron resistencia sino en una casa particular. Adario, que dirigía el ataque, pereció en él, siendo estremada su alegría al espirar, pues creia haber librado á su patria y vengado cumplidamente

á sus hijos. Los cañonazos que Outougamiz había oído fueron disparados en señal de victoria por los mismos indios, despues de la toma del fuerte.

Viendo el hermano de Celuta que su brazo era ya inútil, tornó á la cabaña de René, y sentóse al lado de sus exánimes restos. Con aire misterioso acercó sus ojos á una de las heridas de su amigo, como para sondear su seno. Enlazando sus manos con admiración, pronunció fuera de sí algunas palabras de vehemente cariño. Tomó luego un pequeño vaso de piedra, recogió en él un poco de sangre de René, que calentó con la suya despues de haberse abierto una vena, empapó el munitú de oro en el filtro de la amistad, y volvió á colocar la cadena en su cuello.

La rabia de Onduré estaba aplacada, no empero su ciega pasión. Al salir de una espantosa orgia, ebrio de vino, de victoria, de ambición y de amor, quiso volver á ver á Celuta. Cercado de toda la pompa del asesinato y de la disolución, acercóse al santuario del dolor: sus crímenes marchaban á su lado, como los verdugos acompañan al sentenciado á muerte. Las estrepitosas carcajadas del tutor del Sol y las de sus dignos satélites se hacian oír desde lejos.

Onduré llegó á la cabaña, á cuya puerta mandó á los suyos se mantuviesen á cierta distancia, pues abrigaba aviesos propósitos. Retrocedió algunos pasos cuando en lugar de Celuta vió con sorpresa á Outougamiz; pero recobrando en breve su aplomo, preguntó á este: «¿Qué haces aquí?»

«Te esperaba impaciente, le respondió el indio, porque estaba seguro de que vendrias con tus amigos á celebrar el festin del prisionero de guerra. ¿Traes la caldera de la sangre? ¡Es tan esquisito manejar la carne blanca! Pero no la devores toda: ¡solo te pido el corazón de mi amigo!»

«Tu petición es muy justa, replicó el feroz Onduré; te lo reservaremos.

Estas palabras fueron acogidas con nuevas risotadas.

«Pero dime, prosiguió el precito, á quien los vapores del vino privaban de toda prevision; ¿dónde está tu hermana? ¡Cuán fiel ha sido esta noche á este hermoso guerrero blanco! Ha perdido ya el odio con que me miraba, y me ha perdonado mi amor á Akanasia. ¡Ven, mi encantadora paloma! ¿dónde estás? ¿me concederás otra cita?» Esto diciendo, el temerario penetró en la cabaña.

Outougamiz se levantó, y apoyándose en una escopeta que René le había dado, dijo á Onduré, cambiando súbitamente de lenguaje y de actitud: «¡Llústre caudillo! ¿han muerto todos nuestros enemigos?»

«¿Cómo lo dudas?» repuso Onduré.

«¿Segun eso, continuó Outougamiz, la patria está en salvo y no necesita ya defensores? ¿Todo queda en seguridad para el porvenir? ¿Puedes ya, ¡famoso guerrero! descansar en paz?»

«¡Sí, mi querido Outougamiz!» respondió el tutor del Sol, que no tenia lo que se necesitaba para comprender á la vez el peligro y la magnanimidad que aquellas preguntas encerraban: «¡Si; ¡puedo descansar cien nieves con tu hermana en la estera del placer!»

El cadáver de René separaba á Onduré de Outougamiz; este dijo á su enemigo: «La noche ha sido fatigosa para tí, Onduré; ¡vé, pues, á buscar el merecido reposo, toda vez que la patria no ha menester ya de tu esforzado brazo! Voy á devolvarte tu hacha.»

Outougamiz levantó el hacha con que el tutor del Sol había dado muerte á René, y que había quedado en la cabaña, y el incauto Onduré alargó el brazo para tomarla. «¡No la tomes así!» le dijo Outougamiz; y levantando con entrambas manos el hacha mortífera, hendió de un solo golpe la cabeza del monstruo,